

AUSTERIDAD MAL APLICADA

ANTONIO JIMÉNEZ SÁNCHEZ

A la finalización del último mitin del Presidente del Gobierno en Murcia, celebrado dentro de la campaña de elecciones al Parlamento europeo, en mayo de 2009, tuve la ocasión de felicitarle por cómo supo articular la respuesta ante las dificultades económicas: al modo del más orientado de mis compañeros del Sindicato, se comprometió irrevocablemente en preservar los derechos e intereses de trabajadores y trabajadoras, de quienes no habían provocado la crisis, como pilar para mantener a su vez el consumo, reactivar la economía y la demanda interna, la inversión productiva, el cambio de modelo y la intensidad protectora del sistema. Lo digo sinceramente: su coherencia en los planteamientos económicos, sociales y laborales, la justicia social, la redistribución de la riqueza que manaba de sus palabras, y su compromiso con los más desfavorecidos, provocó mi admiración. Nunca antes oí en un dirigente político con tanto mandijo, un alarde así.

Todos sabemos la situación en la que nos encontramos y qué nos han llevado a ella. Todos entendemos y propiciamos en este momento, mediante diversas fórmulas, planes de austeridad, que resultan ser ahora la única de las medidas anticrisis, ante el desacierto y la incapacidad de partidos políticos, y ante la inacción de las administraciones públicas (desleales entre sí) de adoptar medidas eficaces y de planificar y desarrollar adecuadamente un cambio en el modelo productivo (en ello, ¡hemos perdido tantos años!, no sólo los dos últimos). Todos queremos, especialmente los representantes de los trabajadores y trabajadoras, parados y pensionistas, salir cuanto antes de esta situación de recesión.

Con carácter general, quienes obtuvieron los grandes beneficios de tres lustros consecutivos de bonanza económica, y salvando determinadas entidades y buenos empresarios (que haberlos hay), se encuentran ahora replegados en las montañas, en cuarteles de invierno económico donde apartar y salvar sus ganancias; o divisando, cuál vuelo de águila, desde la distancia, la más que previsible llegada de un desastre económico sin precedentes cercanos, del que volver a sacar tajada. Abajo, en el valle, en la tierra, mordiendo el polvo, los más desfavorecidos: trabajadores y trabajadoras con escasas rentas, pensionistas, mujeres trabajadoras, personas con discapacidad, familias con escasos recursos, millones de parados, desregulación laboral, fraude de ley, economía sumergida.... Y el Estado, las Comunidades Autónomas y las entidades locales, cada día más sorprendidas y desorientadas: que si brotes verdes; que si el semestre fulano saldremos de la crisis; que si creceremos a partir de tal trimestre; manifiestan que el crecimiento moderado de los salarios resulta vital para la reactivación, aunque a renglón seguido reducen las nóminas de dos millones seiscientas mil familias; que si inversión en Investigación y desarrollo y después....se reducen enormemente las inversiones públicas; bla, bla, y bla, quizás, incluso, con buena intención.

Y llegó el neoliberal FMI y la Unión Europea, para aconsejar la reducción del gasto público, y el Gran Obama, todo poderoso, joven, apuesto y triunfador (y tan sapiente que al tiempo que intenta introducir ahora en su organización federal medidas propias del intervencionismo y proteccionismo europeo, nos aconseja que aquí las abandonemos), e “*invita*” a nuestro Presidente a adoptar cualquier medida menos atreverse a retirar tropas (y fondos) de las misiones bélicas en la que participa nuestro país, en Afganistán, Chad, Kosovo...., como sucedió en abril de 2004 recién llegado a Moncloa respecto al destacamento en Irak, perjudicando así los sacrosantos intereses bélicos americanos. ¡Qué dilema!, señor Presidente del Gobierno de España.

Ante la carencia de ideas efectivas; una ausente planificación estratégica para hacer virar o, al menos, matizar el modelo productivo; una constatada ausencia de ingresos públicos (que han dejado muy maltrecha una potentísima e insustituible Administración pública inversora y protectora); la cobardía política de no reformular el sistema impositivo; una economía sumergida inasumible y galopante (en Murcia, diez mil millones de euros, que dan mareo); no vuelve a quedar más remedio que se la carguen los de siempre, los que están ahí, abajo, los localizados, los que menos tienen y menos suelen protestar.

Las organizaciones sindicales hemos estado en la calle en 2009 en seis ocasiones en movilizaciones de carácter general. Y advertimos de nuestra reacción social ante pérdida de derechos que tanto esfuerzo nos costó conseguir. ¿Quién convoca la huelga?. Realmente el Presidente del Gobierno, girando como gira en sus planteamientos, en su política económica y social, haciendo recaer el peso en las víctimas de los errores económicos, planteando unas medidas injustas para quienes menos pueden, y dejando a salvo del plan de austeridad las rentas de capital.

Hay otra forma de hacer política, más allá de reducir salarios, congelar pensiones o suprimir prestaciones. Y en esta situación, hacer gestos cínicos y ridículos, como “*apuntarse al esfuerzo solidario*” con una autorreducción insignificante en términos absolutos del sueldo de políticos que perciben del Erario público mensualidades de seis, siete u ocho mil euros, resulta patético e insolidario. Hasta de vergüenza. Hay cosas que se pueden hacer y no se hacen. Hay ingresos que no se producen por falta de acierto, cientos de miles de millones de euros. Hay gastos superfluos, innecesarios, inadecuados en el tiempo, improductivos, prescindibles. Sobra cinismo y falta solidaridad entre las personas, lealtad entre los dirigentes, los partidos políticos y las administraciones. Exijámoslas.

Antonio Jiménez Sánchez es Secretario general de UGT de la Región de Murcia